

CUENTO LA CASITA DE MAMÁ SE CAE, ENTRE VICIOS Y DESIDIA.

Por Jesús María Solís Medina,
Escritor dominicano.
E-mail: jesusmsolism@gmail.com

En un barrio humilde, luchaba contra el tiempo la casita de Doña María. Sus paredes, otrora vibrantes de color, ahora se vestían de un gris decadente, surcadas por grietas que parecían gemidos silenciosos. El techo, antes techo protector, ahora se encorvaba bajo el peso de los años y la desidia, amenazando con desplomarse sobre la desdichada morada.

Doña María, una mujer de espíritu tan fuerte como sus arrugas, había dedicado su vida a criar a sus hijos, Alejandro y Valentina. Sin embargo, el destino le había jugado una mala pasada: su esposo, el pilar de la familia, había partido hace años, dejando a la madre soltera a cargo de dos niños pequeños.

Los años no habían sido fáciles. Doña María había trabajado sin descanso, limpiando casas ajenas para mantener a sus hijos. Alejandro y Valentina, crecieron presenciando el sacrificio de su madre, pero en lugar de inspirarse en su ejemplo, se habían ido por el mal camino.

Alejandro, el mayor, había caído en las garras de la bebida. Pasaba sus días en tabernas lúgubres, ahogando sus penas en alcohol barato y compañía aún más barata. Valentina, por su parte, se había refugiado en el humo hipnótico de la hookah, buscando en sus espirales perfumadas un escape de la dura realidad.

Doña María observaba con dolor cómo sus hijos se marchitaban, cómo la vida se les escapaba entre vicios y desidia. Les rogaba, les imploraba que abandonaran esos hábitos destructivos, pero sus palabras caían en oídos sordos.

Un día, mientras Doña María barría el polvoriento porche de su casa, un crujido espeluznante la sobresaltó. Miró hacia arriba y vio con horror cómo una de las vigas del techo se rajaba, amenazando con desplomarse. Su corazón se llenó de terror al pensar en lo que podría pasar si la viga cedía.

En ese momento, Doña María comprendió que no podía seguir así. No podía permitir que sus hijos vivieran en una casa en ruinas, ni que sus vidas se arruinaran por culpa de sus vicios. Tenía que hacer algo, algo drástico.

Con una determinación renovada, Doña María tomó una decisión. Reunió a sus hijos y les habló con el corazón en la mano. Les describió el estado deplorable de la casa, el peligro que corrían si no tomaban medidas urgentes, y sobre todo, les expresó su profunda tristeza por el rumbo que habían tomado sus vidas.

Sus palabras, cargadas de amor y dolor, finalmente calaron en los corazones de Alejandro y Valentina. La cruda realidad los golpeó como un balde de agua fría. Se dieron cuenta de que estaban a punto de perder lo único que les quedaba: su hogar, su madre.

Llenos de vergüenza y arrepentimiento, Alejandro y Valentina prometieron a su madre que cambiarían. Juraron dejar sus vicios, buscar trabajo y ayudar a reparar la casa. Doña María, con lágrimas en los ojos, los abrazó con fuerza, sintiendo una esperanza renacer en su pecho.

Juntos, madre e hijos se embarcaron en la ardua tarea de restaurar su hogar. Trabajaron duro, día tras día, sin descanso. Alejandro, con sus manos fuertes, se encargó de las reparaciones estructurales. Valentina, con su creatividad y buen gusto, decoró la casa con colores vivos y alegres.

Poco a poco, la casita de Doña María comenzó a recuperar su antiguo esplendor. Las grietas se rellenaron, el techo se reforzó y las paredes se pintaron de colores vibrantes. Pero lo más importante de todo es que la casa se llenó de nuevo de amor, esperanza y unión familiar.

Alejandro y Valentina habían encontrado un nuevo propósito en la vida. Se habían alejado de los vicios y estaban decididos a construir un futuro mejor junto a su madre. Doña María, por su parte, había recuperado la alegría de vivir. Su corazón se llenaba de orgullo al ver a sus hijos convertidos en adultos responsables y cariñosos.

La casita de Doña María, otrora símbolo de decadencia y abandono, se convirtió en un faro de esperanza, un testimonio del poder del amor y la unión familiar para superar cualquier obstáculo.